



La Cruz en la espiritualidad seglar

Gracias a los organizadores de estas Jornadas Teológicas por haberme invitado a intervenir. Pero gracias desde la conciencia de que no soy la persona adecuada para exponer el tema. Se trata de una semana de teología. Y yo no soy teólogo. Ni tan siquiera Teófilo (amigo, enamorado, de Dios) aunque sea a esto último, a lo único que aspiro.

Y ese desconocimiento teológico implica una grave dificultad a la hora de desarrollar el tema. Dificultad a la que debe añadirse la osadía que supone venir a hablar de la Cruz, en Caravaca de la Cruz, en el año Jubilar de la Santísima y Vera Cruz, y junto al Templete que nos recuerda su milagrosa aparición.

Porque me consta que en Caravaca, aunque la Cruz se haga presente singularmente en esa especie de resurrección colectiva que experimentan todos los caravaqueños al celebrar en Mayo las Fiestas en honor de su Patrona, también se vive a lo largo de todo el año, y de un modo muy intenso, la espiritualidad de la Cruz. Y sé que entre los caravaqueños está muy clara la idea de que en la Santísima y Vera Cruz no adoramos la belleza del relicario, sino un trozo del Lignum Crucis, madero sagrado para siempre porque sostuvo el Cuerpo sangrante del Señor.

Pero metido ya en el empeño, voy a intentar compartir con vosotros las ideas que a mí me ayudan a la hora de reflexionar y hacer vida un tema tan capital para nuestra fe como es la espiritualidad seglar iluminada por la Cruz. Y lo voy a hacer deteniéndome fundamentalmente en dos aspectos: Qué significa para mí, como creyente, la Cruz de Cristo. Y cuál puede ser el sentido de mi cruz, de nuestra cruz personal. Y los voy a exponer con la esperanza de que puedan ser también de alguna utilidad para vuestra propia reflexión personal sobre el tema.

I. Para el discípulo y seguidor de Cristo, la Cruz de Jesús es un punto de referencia fundamental que debe estar siempre presente en el centro de su existencia cristiana. La invitación de Jesús es inequívoca. Nos lo dice en Lucas 9, 23: «El que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y me siga».

Sin embargo ante la Cruz del Señor, y sobre todo ante nuestras cruces mantenemos muchas veces las actitudes de que nos habla San Pablo en la primera carta a los Corintios, 1, 22: «Los

judíos (para creer), *piden señales* (es decir, necesitan apoyarse en los milagros, como tantas veces nos ocurre a nosotros) *los griegos buscan sabiduría* (es decir, precisan apoyarse en la lógica, y cuántas veces queremos ser nosotros excesivamente lógicos y no aceptamos el misterio), *mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado que* (por ello) *es escándalo para los judíos* (pues en lugar de la intervención milagrosa de Dios salvando a su Hijo como le pedían a Cristo en la Cruz, Mateo 27: “Que Dios le libre ahora si es que quiere”, contemplan el total abandono de Cristo por Dios en el tormento de la Cruz) *y locura para los griegos* (porque es absolutamente ilógico aceptar que Dios omnipotente muera en un madero que era suplicio reservado a esclavos y revolucionarios)».

Y por eso también los cristianos nos escandalizamos ante la cruz y seguimos huyendo de ella, como hicieron sus discípulos ante la proximidad del tormento: «Todos abandonándolo, huyeron». Mat. 26, 56. Y nos hacemos ante nuestras cruces, prácticamente, los mismos planteamientos que judíos y griegos: «Si Dios, que es omnipotente, no me libra de esta enfermedad, o de este fracaso económico o de aquella angustia personal, es decir si Dios no hace un milagro conmigo... no es Dios» ...o también: «¿Por qué a mí, Señor, por qué me tiene que tocar a mí, cuándo hay tantos otros peores que yo...? No es lógico, Dios no es justo, o no es bueno». Y si Dios no es justo ni es bueno, tampoco es Dios.

Se trata, en realidad, de planteamientos erróneos debidos a que la mayoría de los cristianos no tenemos una conciencia clara del significado de la muerte de Jesús en la Cruz. Y sin ella difícilmente podemos tener una idea clara de nuestra fe. Y sobre todo, una fe auténticamente adulta. Por eso, a la primera adversidad, nuestras creencias se tambalean.

II. No es ni mucho menos anormal, encontrar cristianos que piensan en la Cruz como un símbolo abstracto, separado por completo de la vida y de las causas de la muerte de Jesús.

Y la Cruz desconectada de la historia humana y personal de Jesús y relacionada directa y exclusivamente con la voluntad de Dios, puede convertirse en legitimación sagrada de todo sufrimiento, como querido por Dios por su supuesto valor expiatorio de nuestras culpas. Se trata de un planteamiento que va unido a una idea poco evangélica de Dios. Con olvido de que el Dios revelado por Jesús es el Abba, el Padre amor, perdón y misericordia sin límites, nos refugiarnos en ocasiones en un Dios mucho más próximo a la imagen que algunas veces nos presenta el Antiguo Testamento, siempre ávido de reparación.

Esa visión nos lleva a justificar cualquier sufrimiento con piadosas consideraciones —me lo habré merecido así; o Dios lo ha querido así, hágase su voluntad— y a pedir resignación, palabra que no es en absoluto cristiana, para esperar a que pase la cruz. O para justificar también nuestra apatía ante las situaciones de injusticia. Y entonces razonamos: si Jesús fue juzgado, condenado y crucificado por designio exclusivo de Dios, si Dios quiso directamente la Cruz de Jesús, es que también sigue queriendo todas las cruces personales y colectivas de nuestra sociedad; y entonces ¿quiénes somos nosotros para oponernos a esa voluntad divina?

Todo ello deriva de una posición teológica que presenta la Cruz de Jesús *exclusivamente* como resultado del conflicto entre el Dios justo que exige reparación por las ofensas recibidas y Jesús, el Hijo encarnado, que cargando con nuestros pecados, entrega obedientemente su vida, de valor infinito, por nuestra salvación. Posición teológica que siendo en gran parte cierta es, cuando menos, incompleta, y que tiene el riesgo de que las conclusiones que se pueden extraer de ella, y que de hecho se extraen, son gravemente peligrosas.

Porque, si Jesús muere exclusivamente por esa necesidad de salvarnos, resulta:

1. Que no hay causas en la vida de Jesús que le llevan a su muerte. Es decir separamos vida y muerte de Jesús. Su muerte no es entonces fruto de una opción de vida, sino fruto de unas leyes vigentes en las alturas. Y los que mataron a Jesús aparecen como unas meras marionetas que se limitaron a cumplir como puros instrumentos con el papel impuesto por Dios. Lo cual va en contra de la intención expresa de los Evangelios que ha querido hacernos comprensible la muerte de Jesús mediante la narración de las causas que le llevaron a ella. Y se desconoce así que la sumisión de Jesús –su disponibilidad– fue a la voluntad del Padre que lo quería fiel, pero fiel a su Reino, no a los poderes que lo mataron.
2. Que nosotros nada tenemos que ver con aquel acontecimiento. Si la muerte de Jesús fue fruto exclusivo de la voluntad del Padre, será Dios el único responsable de ello y no nosotros. ¡Qué descanso tan grande! Porque así nos liberamos de nuestra responsabilidad en la muerte de Jesús.
3. Que si Dios ya está aplacado, no hay ya necesidad de intentar cambiar el mundo. Podemos descansar tranquilos.

III. Para evitar esas conclusiones, sin duda equivocadas, es necesario recuperar una teología de la Cruz, apoyada en el acontecimiento histórico que supuso. La Cruz no es, una categoría abstracta: es la Cruz de Cristo. La Cruz no está ya reducida a un símbolo de expiación sino que hay que examinarla *además* como la consecuencia de unos conflictos provocados por la acción y la predicación de Jesús frente a los intereses religiosos, económicos y políticos de los dirigentes del pueblo judío.

Y así la Cruz es el resultado de la lucha de Jesús contra todo lo que oprime al hombre. Yo he venido, dice Jesús (Lucas 4), «a proclamar la Buena Noticia a los pobres, a dar a los cautivos la libertad, a dar la vista a los ciegos, a romper las cadenas de los oprimidos, y a anunciar un año de gracia del Señor». Y fue esa misión en favor del Reino de Dios la que le obligó a ser signo de contradicción con todos los poderes de Israel a los que combatió en todas direcciones. Por eso también Jesús fue combatido desde todas esas direcciones hasta lograr acabar con Él en la Cruz.

Entonces, ante la pregunta de: ¿Quién quiso la Cruz de Jesús?, caben dos respuestas. Olvidando o ignorando la historia la respuesta es que sólo la quiso el Padre para que así se cumplieran las escrituras y su voluntad de salvación eterna pudiera realizarse. Y así la Cruz no guarda relación con el hecho histórico de la crucifixión de Jesús: es propiamente la expresión del juicio de Dios que recae sobre Jesús, en tanto que por solidaridad con todos nosotros se ha hecho pecado.

Pero desde el punto de vista que sitúa a la Cruz en su contexto histórico real, hay que responder que Jesús no buscó la Cruz. Le fue impuesta desde fuera y Él la aceptó, no resignadamente, sino como expresión de su libertad y de su fidelidad a la causa de Dios que es la causa de los hombres. La Cruz fue querida en primer lugar y directamente por los dirigentes del pueblo judío. La cruz es por tanto *también* un producto de nuestra historia. Fue un crimen y no sólo la necesidad de una reparación de nuestros pecados. Y así es la expresión del juicio de Dios que recae no sobre Jesús sino sobre los poderes que lo llevaron a la Cruz.

Es entonces cuando se comprende la figura del Padre, del ABBA, que surge con toda su fuerza. La del Padre que se acerca en su Reino a los pobres y pecadores, como amor sin límite, bondad infinita, perdón sin límites, misericordia escandalosa, que nos concede siempre una amnistía sin exigir requisito previo alguno. Es el Padre que tanto amó al mundo que nos «entregó» a su Hijo (Jn, 3, 16). Y que en la Cruz, acepta y acoge el sacrificio de su Hijo por amor a los hombres. Pero que lo hace también con dolor, sufriendo con su Hijo. Se trata de una «entrega» que en Jesús se va realizando, no sólo en la cruz, sino a lo largo de toda su vida histórica, en virtud de su obediencia, en su fidelidad, al servicio del Reino de Dios.

IV. Jesús encontraba y vivía la voluntad del Padre en la oración, a la que iba llevando la experiencia de la realidad que Él vivía. Y así, en la oración, Jesús aprendió que obedecer al Padre significaba muchas veces curar en sábado, pese a tener que enfrentarse con los rigoristas de la Ley; significaba comer con las prostitutas y los pecadores y escandalizar (en nombre de Dios), a aquella sociedad que lo criticaba, también en nombre de Dios, llamándole blasfemo. Aprendió que obedecer al Padre, significaba no retroceder en su camino ni ante las amenazas de muerte y poner su vida y su destino en manos del Padre. Y aprendió que obedecer al Padre significaba morir saltando desde el silencioso abandono de Dios hasta las manos amorosas del ABBA. Y así fue como Jesús, aunque era el Hijo de Dios, aprendió en sus propios sufrimientos que el destino del hombre, se labra en la disponibilidad. Y así se convirtió para nosotros en causa de salud eterna (Heb. 5, 8-10).

Y es que lo que el Padre quiere realmente no es la Cruz. Lo que quiere es el amor fiel de su Hijo que, para implantar su Reino, lleva la entrega de su vida hasta sus últimas consecuencias. Porque es precisamente esa fidelidad amorosa la que llevó a Jesús libremente—como Dios pudo evitarlo— a la Cruz, al enfrentamiento final y decisivo con el poder del mal. Y en ese sentido es claro que la muerte de Jesús en la Cruz supone una entrega total a voluntad del Padre; es la oración de «pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lucas 22, 42).

Y es que la vida de Jesús es la crónica de una muerte anunciada. Su muerte en la Cruz fue la consecuencia inevitable de su propia vida de acción. La pasión de Jesús fue la consecuencia de su vida apasionada por el hombre. Consecuencia de:

- Su lucha contra las ideas legalistas de la religión de su tiempo que anteponía el sábado al hombre, la pureza externa a la ayuda al prójimo, los ritos a la conversión personal.
- Su actitud cercana con los marginados sociales, frente al rechazo del que eran objeto los pobres, los leprosos, las prostitutas como seres rechazados por Dios.
- Su solidaridad con los pecadores (al evitar la lapidación de la prostituta se hizo cómplice de su pecado).
- Su enfrentamiento con los guardianes del orden, al expulsar a los mercaderes del Templo.
- Su autorreconocimiento como Hijo de Dios, lo que era tanto como una terrible blasfemia para los judíos.

Y esta permanente conflictividad es tan total que al final todos prácticamente parecen que están contra Jesús quién, como apunta irónicamente uno de los Evangelistas, terminó por unir de esta manera a quienes eran enemigos irreconciliables: judíos y romanos, jefes y pueblo, Herodes y Pilatos.

Y esa actitud de fidelidad es la que lleva a Jesús al más absoluto de los fracasos. Porque es verdad que Jesús murió en el más radical de los fracasos y además aceptado voluntariamente. Traicionado por su amigo Judas, al que él mismo había elegido como discípulo. Negado, y hasta tres veces, por su incondicional Pedro. Coronado de espinas, como un payaso. Cubierto el rostro de salivazos. Escuchando en silencio las burlas de los soldados y los gritos de un pueblo que pedía su muerte sólo cuatro días después de haberlo querido coronar como Rey. Traído y llevado del Sanedrín a Pilatos, de Pilatos a Herodes y de nuevo de Herodes a Pilatos como un fardo al que todos desprecian y no saben cómo quitarse de en medio.

Condenado a muerte sin que su Juez, Pilatos, llegara a saber por qué. Arrastrando a duras penas su Cruz por las calles de Jerusalén, camino del Calvario, con el cuerpo lleno de latigazos sangrantes y la cara tan deformada por los golpes que daba asco mirarlo. Crucificado, como un delincuente más, entre dos ladrones. Y acompañado en su lenta y dolorosa agonía sólo por su Madre y un amigo. Un fracaso total. Hasta ahí llegó a beber el Cáliz del dolor, por ser fiel a la voluntad del Padre, del que se siente dolorosamente abandonado: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado...». (Mt. 27, 46).

Pero nosotros sabemos, por la fe, que la vida de Jesús no acabó en el fracaso del Viernes Santo; y que el abandono del Padre no fue tal abandono en realidad, fue sólo un abandono a la luz de los sentidos. Y fue al mismo tiempo el triunfo total y definitivo del amor. Porque en la Cruz, Dios Padre nos amó hasta el punto de entregar a su Hijo por nosotros, como nos recuerda Rom. 8, 32. Y el Hijo nos amó con el amor más grande que puede darse, es decir, entregando la vida por sus amigos (Jn. 15, 13).

Y Dios Padre aceptó esa entrega en la soledad, a fin de que el Hijo madurara en el amor. Y el Hijo asumió por amor el abandono del Padre y lo convirtió en entrega generosa y confiada de sí mismo, haciéndose uno en el amor con el Padre, que lo recibe luego, triunfante de la Cruz, ya resucitado.

Porque nosotros sabemos que el Padre lo resucitó. Y desde esa experiencia pascual de la resurrección del Señor y también de nuestra propia resurrección a una vida de amistad con Jesucristo podemos contemplar la Cruz como fuente de vida y comprobar que Jesucristo no fracasó, sino que triunfó pasando de la muerte a la vida, de la Cruz a la luz, del dolor al amor eterno. Y a través de la resurrección nosotros descubrimos que Jesucristo era realmente Dios hecho hombre. Porque un hombre no puede resucitar. «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe», nos recuerda el apóstol San Pablo (I. Cor. 15, 14).

Con su resurrección Jesucristo nos demostró la verdad de su misión, que no era otra que la de realizar, aún a costa de su propio sacrificio en la Cruz, el designio de Dios para todos nosotros. Un designio de amor y de salvación universal.

Nos demostró que su angustia y su dolor... que las vejaciones de que fue objeto... que la tortura de su Cuerpo... que su Sangre derramada en la Cruz... no fueron inútiles. Porque con su muerte Cristo venció definitivamente a la muerte y al pecado y nos redimió para siempre. Fue una redención universal que nos abarcó a todos. Pero ni tan siquiera nos impone nuestra propia salvación. Su respeto por nuestra libertad es tan grande que acepta la posibilidad de que podamos rechazarla. Por eso para que aquella redención me alcance a mí es preciso que yo la acoja. No basta el conocimiento, es preciso un acto de fe: que me reconozca pecador y acepte a Jesús y su mensaje como centro de mi vida. Y si no lo acepto, todo su esfuerzo, todo su dolor y todo el peso de la Cruz habrá sido inútil y baldío al menos para mí. Por eso la espiritualidad que se deriva de la Cruz no es una espiritualidad del sufrimiento resignado. La espiritualidad

auténtica de la Cruz se concreta en el seguimiento de Jesús, en asumir las actitudes y los ideales que le llevaron a la muerte, para continuar su obra.

V. Y en ese seguimiento la Cruz debe ser objeto de una permanente y triple reflexión: de un lado la relación entre la Cruz y mi propia vida; de otro la aceptación de mi cruz personal; por último mi compromiso a favor de los crucificados de este mundo.

Aún desde una contemplación histórica de la crucifixión, los hombres, que tenemos gran habilidad para huir de nuestras responsabilidades, solemos llegar a una conclusión a todas luces equivocada: La Cruz fue necesaria porque Jesús tuvo la desgracia de vivir entre unos hombres muy malvados. Pero si hubiera tenido la grandísima suerte de vivir entre nosotros, que somos tan buenos, entonces la Cruz no habría sido necesaria. La Cruz se convierte así en el pecado de unos pocos nada más y deja de ser revelación del pecado de todos. Cuando en realidad la Cruz es una denuncia permanente que me grita: «Tú también crucificas al Justo». Porque es verdad que yo también crucifico al Señor en cada ocasión en que, despreciando su sacrificio, mantengo las mismas actitudes de aquellos que le llevaron a la Cruz.

Por eso he de reflexionar permanentemente, para ir eliminando de mi ser la intransigencia religiosa, el orgullo, el obrar por puro respeto humano, el desprecio a los marginados, la religiosidad superficial y vacía que me aparta del hermano. El silencio cómplice ante las situaciones de injusticia, la prepotencia ante la debilidad de los otros, mi resistencia a perdonar cuando creo que me han ofendido. Porque si no es así, yo seguiré crucificando al Señor.

La Cruz supone también un estímulo permanente para mi condición de seguidor de Jesucristo. Porque Jesucristo, con su muerte en la Cruz, me ha liberado para siempre de la muerte, del pecado y del rigor de la Ley, para convertirme, ya liberado, en liberador de mis hermanos. Que en eso consiste, esencialmente, el anuncio del Reino de Dios, y la lucha por implantarlo en este mundo. Y esa es la tarea que todos tenemos encomendada por Jesucristo.

Pero siendo el anuncio del Reino, normalmente, motivo de satisfacción y de gozo, no siempre es así. Porque somos débiles y a veces nos vence el cansancio, la apatía, la tentación de hacer un alto en el camino. Y sólo si cuando se producen estos momentos, dirigimos nuestra mirada de fe a la Cruz, conseguiremos superarlos y reaccionar con alegría. Es el momento de personalizar la Cruz. De mirar a Cristo crucificado y decirle: «Yo se que aunque hubiera sido sólo por mí, tú también te habrías entregado a tus jueces». Es el momento de recordar la frase de San Pablo en la Carta a los Gálatas 2, 20: «Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí, el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí». Porque en la Cruz de Cristo, estoy yo y están mis pecados. Y yo no puedo hacer inútil su sacrificio. «Hemos sido comprados a precio», dice San Pablo, (I Cor 7, 23) «con la sangre preciosa de Cristo», repite San Pedro (I. Pe. 1, 19), y ya no nos pertenecemos. Somos de Cristo y no podemos defraudarle. Y yo no lo haré si recuerdo siempre que Cristo murió en mi lugar (para liberarme definitivamente de la muerte, ya que Cristo murió para evitarnos el sufrimiento definitivo, la pérdida de la vida eterna), por culpa mía (para liberarme definitivamente del pecado) y en favor mío, es decir, para descubrirme mi filiación divina (yo también soy Hijo de Dios) y mi destino final junto al Padre.

Ya hemos dicho que el seguimiento de Cristo supone la aceptación de Jesús y su mensaje como centro de nuestra vida. Se trata de una aceptación total que pasa, necesariamente, y esto conviene no olvidarlo nunca, por la aceptación de nuestra propia cruz personal. Porque la gran

tentación que nos acecha y en la que tantas veces caemos, es la de pretender seguir a un Cristo siempre triunfante y despojado de su sangre y su dolor.

Y no es así. Es verdad que Cristo, con su resurrección, dejó bien claro que nosotros somos seres para la resurrección, para una vida eterna y gozosa. Pero también que el dolor... el sufrimiento... en definitiva la cruz, es el camino obligado por el que todos hemos de pasar, más tarde o más temprano.

Lo que ocurre es que, gracias a Jesucristo, los cristianos sabemos que la cruz no es el final de una vida fracasada, sino sólo el paso previo para llegar al triunfo. Él mismo nos lo dijo y lo recordábamos al principio: «Si alguien quiere venir en pos de Mí, que tome su cruz y me siga» (Mt. 16-14). Tenemos pues que aceptar la cruz que nos toque en la vida. Y que por supuesto no es la cruz que nosotros hubiéramos elegido, y que siempre sería una cruz cómoda.

Esa cruz de la enfermedad... de la muerte de un ser querido... del paro... de la incompreensión, que se nos viene encima en el momento más inoportuno y que rompe todos nuestros proyectos, ésa es nuestra cruz. Esa cruz que nunca hubiéramos esperado –como aquel golpe cobarde de un amigo, aquella calumnia que nos deja sin respiración– esa es nuestra cruz. Esa cruz que parece que nos va a romper, que es desproporcionada a nuestras débiles fuerzas... esa es nuestra cruz... Y no la podemos evitar.

Y es que la cruz, es decir el sufrimiento –que es concepto más amplio que el del dolor, pues abarca tanto el físico como el espiritual– es consustancial a la naturaleza del hombre: nacemos para morir que es el mayor de los sufrimientos, la mayor de las cruces. Hasta el punto de que, como nos recuerda el Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica «Salvifici Doloris» (El sufrimiento humano) de 11 de Febrero de 1984: «el sufrimiento es inseparable de la existencia terrena del hombre».

Sufrimiento que, por supuesto, no puede verse nunca como un castigo de Dios. El propio Jesús se niega a considerar el dolor como fruto de la culpa personal. Y así cuando ante el ciego de nacimiento le preguntan sus discípulos si la ceguera era consecuencia de su pecado o del de sus padres, lo rechaza: «Ni pecó éste ni sus padres» (Jn 9-3).

No son por tanto muy cristianas tantas frases fatalistas que pronunciamos los que nos llamamos cristianos: «Hay que inclinarse ante la voluntad de Dios... es el destino de cada uno... estaba escrito... tenía que suceder algún día... Dios me lo ha dado... Dios me lo ha quitado... éramos demasiado felices y aquello no podía durar... etc, etc».

Nuestro Dios no es un Dios que envía las pruebas, la guerra, el hambre, el que permite el mal. Nuestro Dios es el Dios que no ha podido soportar ver cómo el mundo sufría y que por amor tomó la decisión de entregarnos a su Hijo Unigénito, para que los hombres tuviéramos vida y una vida en plenitud. Nuestro Dios quiere que luchemos e intentemos con todas nuestras fuerzas superar el sufrimiento, no que nos resignemos pasivamente ante él. Por eso no podemos identificar la voluntad de Dios con la desgracia, con el sufrimiento. La fe implica la capacidad para aceptar que la cruz, el dolor está presente en la vida para ser vencido. No para dejarse aplamar por él, ni para echar la culpa a nadie. Y ésa es la fe que cura.

Surge entonces una pregunta, cuya respuesta es determinante para el nacimiento de una fe adulta. ¿Cuál es entonces la respuesta que ante el dolor puedo esperar de Dios? ¿Qué hace Dios mientras yo sufro? Porque es verdad que en muchas ocasiones sentimos en lo más profundo del corazón, como un gran frío, la sensación de que también Dios nos ha abandonado a nosotros. Y no es así. Dios está siempre a nuestro lado sufriendo con nosotros en silencio.

Dios, nos lo dice San Juan, (1 Jn 4, 8) es Amor. Y el que ama, se abre al sufrimiento de las personas que ama y sufre con ellas. Lo hemos experimentado nosotros en nuestra propia vida. Es verdad que una catequesis hoy superada, apoyada en planteamientos de la filosofía griega, nos enseñó que Dios no podía sufrir, y que por ello permanecía impassible ante el dolor humano. Pero no es ese el Dios del Evangelio. El Dios compasivo con todos, el que llora ante la muerte de un amigo, el que «nos amó tanto que nos entregó a su propio Hijo». Dios es Amor que salva la vida.

Dios Padre sufrió junto a su Hijo en la cruz, en el silencio de aquel doloroso abandono que experimentó Jesús. Ese abandono, ese sentirse desamparado y solo, que fue el verdadero Cáliz que tuvo que beber Jesucristo y que, aunque le resultaba inaguantable, consiguió asumirlo para entregarse en las manos del Padre con aquella frase final de su vida: «Padre, en tus manos encomiando mi espíritu» pronunciada por Jesús cuando descubrió al Padre sufriendo junto a Él. Porque si el Padre abandonó momentáneamente a Jesús, lo hizo por nosotros. Para convertirse también en el Padre de todos los que se sienten abandonados en su dolor.

VI. Por eso quien es capaz de reconocer y aceptar la presencia y el amor de Dios en el abandono que experimentó su Hijo crucificado, puede luego también reconocer la presencia de Dios en su propia experiencia de dolor. Y es capaz de descubrir en el dolor, en la cruz personal, al Dios que por haber sufrido puede ayudarnos a soportar y a superar nuestras cruces. Al Dios de la misericordia.

Al Dios que en el amor es a la vez todopoderoso e impotente. Su amor triunfa siempre en la esperanza, y al mismo tiempo sufre en la paciente espera con el cristiano que sabe que también su dolor ha de pasar. La visión del Cristo solo, abandonado y angustiado, pero también al final resucitado... es para mí, en mis momentos de sufrimiento, la prueba y la garantía de la solidaridad de Dios, que sufre a mi lado.

Y entonces, sólo entonces, comprendo que, en mi dolor, ya no puedo esperar nada de Dios, porque ya me ha dado todo lo que posee. Todo su amor. Que Dios no me envía el dolor («Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos; Cuanto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pide» Mt. 7,11), pero me ayuda a superarlo.

Que Dios no mata, sino que resucita. Que Dios no se lleva a mis seres queridos, sino que los recibe con un abrazo lleno de amor y me los devuelve en una presencia más profunda e íntima. Que Dios es Amor y sólo puede lo que puede el Amor. Y que los atributos de Dios (omnipotencia, sabiduría, alegría incluso en el sacrificio) son los atributos del Amor cuando es un Amor sin límite.

Y el sufrimiento deja entonces de ser considerado como una prueba que Dios me envía, aunque sea el sufrimiento, en efecto, el lugar en que se prueba mi fe en el Dios del amor. Y desaparece esa fe infantil en el Dios-solución, el Dios-remedio, el Dios-tapahuecos, para descubrir al Dios-compañero, que no me deja sólo en ningún momento, sobre todo en los momentos del sufrimiento. Porque aunque Dios nos ama a todos por igual, como Padre que es, está más cercano y más pendiente del hijo que sufre. En definitiva, el Dios que no protege del sufrimiento, pero que acompaña en todos los sufrimientos.

Entonces desde esa actitud, sí es posible asumir la cruz personal. Una cruz que, por supuesto, llevada en solitario es imposible de soportar. Pero desde la muerte de Jesús, y sobre todo desde la contemplación de la muerte de Jesús desde la experiencia de la resurrección,

para el cristiano ¡no existe la cruz solitaria!, sino la cruz que es llevada por dos. Porque es tanto el amor de Dios, que antes de ser mía, de ser la de cada uno de vosotros, la cruz es ya la cruz de Cristo, que se convierte en un nuevo Cirineo para ayudarnos a llevarla. Así nos lo prometió: «Venid a Mí, los que estáis fatigados y cargados que Yo os aliviaré... y aprende de Mí, que soy manso y humilde corazón y hallaréis descanso en vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt. 11, 28-30). Y así lo he experimentado yo, siempre que en mi vida se ha hecho presente el sufrimiento. Sólo desde esa fe se puede rezar el: «Hágase tu voluntad».

Y entonces con Cristo, sí. Si Cristo nos ayuda, la cruz más pesada se vuelve llevadera y desaparece la desesperación. Entonces, aunque parezca mentira, la cruz ya no se contempla como una maldición, sino como un signo de esperanza que incluso puede llegar a ser una bendición. Entonces se comprende que la muerte ha sido vencida para siempre por Cristo con su resurrección. Y que la muerte, no es más que el paso a la Vida con mayúsculas. Y el dolor de una enfermedad incurable... el sufrimiento por la pérdida de un ser querido... la angustia ante el mayor de los fracasos... dejan de ser situaciones sin salida para convertirse en situaciones de crecimiento en la fe. Y se aceptan, no con resignación sino con esperanza, sabiendo que también en mi cruz está Dios crucificado por amor. Y sólo después de haber pasado por ahí, se comprende esa gran verdad: Dios no abandona nunca a los suyos.

Y dejaré de encerrarme en mi dolor, y me abriré a la esperanza. Y mi dolor, como el grano de trigo cuando muere, comenzará a dar fruto. Y así, como nos recuerda el Papa Juan Pablo II, la aceptación del sufrimiento desde la confianza en el Dios Amor que sufre conmigo, me da la posibilidad, en primer lugar, de dar un valor corredentor a mi dolor, a nuestro dolor, completando así en nosotros, lo que falta a la pasión de Cristo, como señala San Pablo (2 Cor. 1, 5; Rom 12, 1; Gal 2, 19-20).

Porque Dios Padre ha querido unir a los hombres a la obra redentora de su Hijo. La redención permanece constantemente abierta a todo amor que se manifiesta desde el sufrimiento humano. De modo que cada hombre, al aceptar su propio sufrimiento y ofrendarlo a Dios en lugar de reprochárselo a Él, se está haciendo partícipe del sufrimiento del Hijo Unigénito mediante el cual se ha llevado a cabo la redención. Y nuestro dolor puede entonces unirse al sufrimiento de Cristo en beneficio de los demás hombres. Es la idea del «enfermo misionero». De la ofrenda por nuestros seres queridos... que muestra que nuestro sufrimiento no es inútil.

También el sufrimiento nos sirve para purificarnos, para madurar en la fe. La experiencia personal nos enseña que cuando nos abrimos desde el dolor, nos hacemos más compasivos, más tolerantes para con los demás. Derrotamos nuestro orgullo, nuestra soberbia del «por qué a mí...». Porque amar a Dios no es preguntarle ante el dolor ¿por qué a mí, Señor, por qué...? Pues Cristo no responde a esa pregunta fruto de la soberbia. Es el hombre el que encuentra la respuesta, respuesta salvadora, a medida que él mismo acepta convertirse en partícipe de los sufrimientos de Cristo. Por eso la pregunta debe ser: «¿Para qué, Señor?». Y Él nos da de inmediato la respuesta. Para amar más. Para servir más a los demás que sufren. Para disculpar más... para comprender más. Para ver tal vez lo que hasta ese momento no habíamos visto... tanta y tanta gente buena que hay a nuestro lado para ayudarnos a soportar el dolor.

En el sufrimiento, nos dice el Papa, está como contenida una especial llamada a la virtud. Es la virtud de la aceptación, que no de la resignación malhumorada e impotente. Aceptación que nos va a permitir salir triunfantes y con una fe muy madura desde esa habitación oscura y fría que es el sufrimiento «Yo he abierto para ti una puerta que nadie puede cerrar» (Apoc 3, 8).

VII. Por último, la cruz, el sufrimiento personal, nos abre también a los demás. Nos hace mucho más solidarios con el dolor de los demás. Así lo hizo Jesús, en el momento de mayor dolor, cuando se sentía abandonado por el Padre. Aún pudo entonces pedirle perdón por los que lo crucificamos «porque no saben lo que hacen». Mientras que nosotros no dudamos en crucificar a aquellos que nos ofenden sin pararnos siquiera a pensar si tienen o no razón. Pudo aún rescatar una vida que parecía sin sentido, la del buen ladrón que se convirtió, no al oír a los demás que Jesús era el Hijo de Dios, sino al ver la forma en que aquel Justo aceptaba el profundo sufrimiento de la crucifixión. Y tuvo tiempo de pensar en todos nosotros; y en la figura de Juan, el discípulo amado, entregarnos a María, su Madre, como Madre y mediadora de todos nosotros.

Por eso también nosotros tenemos que abrirnos a los demás. No podemos permanecer impasibles ante el dolor de los otros. No podemos despacharlo con un «ese no es mi problema», porque sí lo es. Desde que Cristo quedó crucificado, ya no puede hacer más por nosotros. Desde entonces, la historia está totalmente en manos del hombre y Dios ha aceptado someterse a ese poder dado al hombre. De modo que en adelante, la presencia de Dios no es omnipotencia, sino cruz. Y si de tarde en tarde se produce una intervención especial de Dios, —eso que llamamos milagros— sólo será para darnos un signo de esperanza, no para resolver nuestros problemas personales. Eso quiere el Señor, porque nos hizo libres: que los resolvamos nosotros.

Porque si Cristo nos liberó, para la libertad, («Allí donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2. Cor. 3, 17)), nuestra libertad no puede convertirse en una excusa para el egoísmo, para el no querer saber nada de los demás. La verdadera libertad se manifiesta en nuestra disponibilidad para con Dios y sobre todo para con los demás, que son hermanos nuestros en la fe. Si no, ¿para qué rezar el Padre Nuestro?

Por eso el seguimiento de Jesús que nace de la Cruz nos tiene necesariamente que llevar a la solidaridad con los pobres, pero a una solidaridad activa. A la misericordia universal con los marginados. A la denuncia de la situación de injusticia. Ya está bien de holocaustos y sacrificios que no son gratos a Dios. No podemos mantener una relación con Dios de carácter íntimo y puramente vertical. Porque cada vez que en la oración llamamos a Dios Padre, si es verdadera oración y no autocomplacencia, tenemos que seguir oyendo su grito desgarrado de angustia que nos pregunta: ¿Y tus hermanos?

Porque aunque no nos guste, Cristo sigue hoy crucificado y crucificado por nosotros. Así lo manifestó Él mismo y hasta en dos ocasiones. En la parábola del Juicio Final (Mateo 25) «Porque yo tuve hambre y no me diste de comer, tuve sed... cuantas veces dejasteis de hacer eso con uno solo de ellos, conmigo lo dejasteis de hacer». Y ante Saulo, luego el Apóstol San Pablo; al oír la voz de Jesús preguntándole: «Saulo, por qué me persigues», él contesta: ¿Quién eres tú?, recibe la respuesta «Yo soy Jesús, a quién tú persigues» (Act. 22, 8). Hasta ese punto se identifica Jesús con sus hermanos los hombres cuyo sufrimiento tiene muchas veces solución y siempre el derecho a nuestra compasión. El cristiano debe ser siempre el buen samaritano.

Y sólo si nosotros decidimos seriamente seguir así a Jesús, con ese seguimiento que nace de la cruz, y optamos de verdad por los pobres, por los necesitados, por los crucificados de hoy, podremos lograr que la Cruz de Cristo deje de ser para muchos un símbolo abstracto, un objeto de decoración, cuando no una piedra de escándalo, y se convierta en una fuente de vida y un signo de esperanza para todos los que sufren. Cristo así lo desea, y desde su cruz nos lo pide. Pero sólo de nosotros depende.

BIBLIOGRAFÍA

- «Salvifici Doloris». (El sufrimiento humano). *Carta apostólica de S.S. Juan Pablo II*. Ediciones Paulinas.
- EVELY Louis. «*La oración del hombre moderno*». Ediciones Sígueme. Colección Pedal.
- GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio. «*Acceso a Jesús*». Ediciones Sígueme. Colección Verdad e Imagen.
- LOIS, Julio. «*Jesús de Nazaret, el Cristo liberador*». Ediciones HOAC .
- MOLTMANN-WENDEL, E. y MOLTMANN, Jürgen. «*Hablar de Dios como Mujer y como Hombre*». PPC. Colección Sauce.
- MARTINETTI, Giovanni. «*Porqué creo en Dios*». Editorial Espasa. Espasa Espíritu.

Joaquín Samper
Magistrado. Murcia